

LA PRIMAVERA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA.

Se suscribe á 4 reales al mes en la imprenta de Meliton Suñer; y á 15 reales trimestre fuera de Gerona; cuyo importe los señores suscritores de fuera se servirán librar anticipado al Sr. Administrador de LA PRIMAVERA por medio de sellos de franqueo.

La muger.

UN RETRATO A BROCHA GORDA,

I.

Existe en el mundo un sér privilegiado, un sér que descuella entre los demás, cual la florida planta entre las yervas que la rodean; un sér todo amor, todo cariño, todo ternura.... y en cuya creacion parece que Dios agotó todas las gracias con que podia favorecerle.... tal es la muger.

Presentar por medio de algunas pinceladas, las diferentes fases que ofrece su existencia, es el objeto que me he propuesto.

En vano se buscará finura y delicadeza en este sencillo bosquejo, pues, segun el título, vese que solo se dirige mi intencion, á diseñar un cuadro de perspectiva, ó mas bien, un retrato á brocha gorda.

II.

Pasaremos en silencio la mas tierna edad de la muger, es decir, todo el tiempo de la lactancia, en que es ya el orgullo de su familia, el lazo que ata mas indisolublemente á dos tiernos esposos, y nos detendremos en el momento en que empieza á andar sola; en el momento en que ya toma una muñeca

y vistiéndola y acariciándola se convierte en lo que mas tarde ha de ser, haciendo por instinto, todo cuanto hacen por ella, esto es: prodigar todos los cuidados á que está sujeta la maternidad, mision grande, sublime de la muger.

¡Oh!.... ¡y cuán bello es contemplar á una niña, jugueteando con la sonrisa en los labios y ejecutar, impulsada por el sentimiento de imitacion, que tan desarrollado se presenta en aquella edad, lo que ve practicar á su familia!....

Ella cose, manda, se va á pasear con su hija y.... aun mas, llama esposo á un inocente niño, que cual ella, toda su ilusion es el juego.

Pintar pudiéramos aquí, la vanidad que ciertas madres inculcan ya en el corazon de una niña, llamándola hermosa, diciéndola que viste bonitamente y mejor que cualquiera otra de sus compañeras; vanidad que despues dá pábulo á una enfermedad la mas triste que pudo adquirir la muger.... el coquetismo.

III.

Ha llegado la muger á los quince años, á la edad de las pasiones, y la encontramos ya en su completo desarrollo.

Su rostro conserva aun, muchas veces,

las dulces facciones que cuando niña, si bien mas modeladas y presentando contornos mas decididos, mas sinclados: el pudoroso recato ha sustituido á la inocencia-infantil, y así como antes abrazaba á un niño cubriéndole de besos, vémosla despues bajar los ojos delante de un jóven, osando apenas hablarle, y presentarse llena de modestia, de candor....: sus mas bellos atractivos, y las mas ricas flores de su corona virginal.

No obstante, tambien su corazon está, entonces, revestido de enérgicos matices que la arrastran por la senda del amor.

Exaltado su pecho, parece que bulle al soplo ardiente de una necesidad, que cada dia se hace, en ella, mas imperiosa; de la necesidad de amar y ser amada: su imaginacion crea mil delirios, mil ilusiones.... dejándose alucinar por un sér misterioso que ha evocado su fantasía, enardeciendo mas y mas el sentimiento que la domina y que es toda su alma, toda su existencia.... porque la muger ama sin cesar, pero ama, repetidas veces, sin saber á quien.

Tierna y sensible hasta el extremo, una flor, una avecilla, un perrito.... es, á veces, el objeto de todo su cariño desahogándose su corazon con prodigarle el amor que llena toda su capacidad.

Hermosas jóvenes ha habido que han llorado amargamente y por mucho tiempo la pérdida de un animalito querido, y hasta las ha habido que han dado que lamentar á sus padres por haber muerto de resultas de la pesadumbre.

IV.

Halla por fin la muger á un jóven que la comprende y es comprendido, un jóven que cree en el amor, en este sentimiento puro, noble, sublime.... que algunos han negado, quizás porque no lo comprendian; y amalgaman sus existencias con los lazos del matrimonio.

¡ Cuán bella es, entonces, la posicion de los dos esposos!....

Las nubes de reserva que antes anubláran sus frentes, -se disipan al dulce calor de los rayos del cariño que mutuamente se prodigan.

El uno parece que vive para el otro, sus almas se confunden y forman un solo sér.

Los dos esposos juntos gozan, ó juntos padecen; las lágrimas, las alegrías, todo se comparte entre los dos.... ¡ oh!.... dichosos ellos que mutuamente se consuelan en sus aflicciones y disfrutan en sus goces!

V.

Ha transcurrido ya algun tiempo y la muger experimenta por la vez primera los síntomas de la maternidad; casi llorando y temiéndose por muy dichosa lo comunica á su esposo, y ambos apenas pueden dar crédito á ello.

Lo que tanto anhelaban se ha efectuado, y con la mayor ternura no pueden menos que mostrarse agradecidos al Omnipotente que ha escuchado sus ruegos, bendiciéndolos desde el cielo al darles un hijo.

Hállase ya éste, en los brazos de la madre, quien contemplándolo sumido en el mayor éstasis y arrastrada por el amor besa mil y mil veces al objeto que es todo su orgullo, todas sus esperanzas.

Al mecerle en la cuna, al compas de dulces canciones, su imaginacion labra mil castillos y quisiera ya ver realizados sus deseos.

El niño crece; mas tan paulatinamente que la madre sabe cuantos dias lleva de existencia, cuantas horas y.... hasta cuantos minutos.

Siempre que el hijuelo tiene que sufrir una metamórfosis en su trage, es una nueva alegría por la madre, y una esperanza, de las mil que forjara, en accion.

Su mayor placer consiste en llevarlo á todas partes, satisfacer sus menores caprichos, darle lo que ella mas aprecia con tal que tenga al niño contento.

Y ¿ cuánto no goza al oír, que por primera vez la llama « Mamá, mamá!.... »

La música mas dulce, mas celestial no la satisfaria tanto como la tierna vocecita del hijo, de ese hijo que mas tarde es todo su orgullo. Los triunfos que alcanza este en el mundo, son tambien los triunfos de la madre. Ella goza, cuando él disfruta; mas tambien ella padece, cuando algun contratiempo le destruye sus ilusiones. Madre é hijo vienen á formar entonces un solo sér.

VI.

Finalmente es abuela ya la muger, y aun su amor se vé satisfecho con acariciar al hijo de su hijo.

El nieto es, entonces, lo que llama su atencion y ella es la que lo cuida y procura enjugar su lloro, cantándole con voz cascada, las canciones que solia cuando jóven.

VII.

De suerte, que la muger desde que nace hasta que desaparece de la escena del mundo, todo su corazon, todos sus pensamientos, todas sus miras se dirigen á un solo objeto, á una sola palabra.... al amor, pues que ella puede decirse que no es mas que el *amor personificado*, amor que va tomando diversas faces, segun la edad y la posicion que la muger ocupa.

Narciso Blanch é Illa.

Á DON NARCISO FAGES DE ROMÁ.

MIS GOCES EN EL CAMPO.

I.

Desde encantado abrigo,
mientras que muelle el aura me acaricia,
quiero contarte, amigo,
cual la vida del campo es mi delicia,
y cuanto me embelesa
áspero monte tras la selva espesa.

De la ciudad el ruido
que allá de los festines se levanta
aquí tengo en olvido,
oyendo como canta,

al despuntar la aurora,
baládas al zagal linda pastora.

¿Acaso no es mas suave
que de farsantes la mentida copla
el gorgo del ave?
¿No es dulce el cefrillo, cuando sopla
en el valle salvaje
del dorado limon entre el follage?

Y cuando nace el dia,
¿no son, ¡ay!, tiernas y suaves
las notas de armonía
de la sencilla reina de las aves?
¿no encanta ver la esquiva mariposa
acariciando el cáliz de la rosa?

Y de la brisa el perfumado aliento,
de la fuente el murmullo,
la luna en estrellado firmamento,
de viuda tortolilla el triste arrullo,
¿no hablan en el desierto
aun al corazon dormido... muerto?

De todo por estenso,
pagando á la verdad justo tributo,
te diré lo que pienso;
mas antes de escribir como disfruto,
en corta pincelada
el sitio trazaré de esta morada.

Figúrate una quinta
sita en la falda de risueño monte,
de esas que *Vernet* pinta
en sus bellos paisages: horizonte....
cuanto la vista alcanza;
y el azulado mar en lontananza.

A sus puertas, umbrío
rico pensil de acacias y sabinas;
á cien pasos el rio,
que rizando sus linfas cristalinas
corre entre dos hileras
de sauces de undulantes cabelleras.

Por el arco de un puente
se vé saltar ruidosa una cascada,
y al lado del torrente
una vega frondosa, dilatada,
abre hermoso camino
al pintor en las selvas peregrino.

Aves de mil colores
vuelan allí; el musgo crece en ella;
y entre silvestres flores,
como reina del valle en él descuella
esbelta, siempre hermosa,
con cien capullos la fragante rosa.

El manzano, el perál y las higueras,
con otros mil frutales
allí crecen plantados en hileras,
y frondosos parrales
ofrecen abundantes
racimos de oro, de la vid colgantes.

De alegre arquitectura,
otra quinta moderna, deliciosa,
del cerro á la llanura
tendiendo su mirada cariñosa,

en medio la floresta
asóma linda su cabeza inhiesta.

Y aparece tan bella,
al abrir las persianas con la aurora,
la cándida doncella,
que al son de su laud gentil señora
del campo y de las flores
la aclaman los festivos trovadores.

¡Qué inmenso panorama!

lo que descubro en él pintar no acierto,
cuanto su luz derrama
el sol por las alturas del desierto!
¡qué mundo!.... qué poesía!
cómo se exalta y goza el alma mía!

Llanuras dilatadas,
grandes selvas de olivos y limones;
torrentes y cascadas;
vaporosas, fantásticas regiones;
hermoso, puro cielo;
paysage sin igual; cuadro modelo.

(Se continuará.)

José Blázquez y Camps.

La vida.

¿Ves qué hermosa? Es la imagen de la gloria. ¡Y yo perdí el tiempo amando á una muger! ¡Y pasé los días estasiados en unos amores efímeros que ya se desvanecieron, sin ver que me brindaban con un amor inmortal!

Sus ojos me miran benignos y protectores, y un rayo de su luz alumbró mi espíritu. Quiere besarme en la frente, pero no puede porque es larga la distancia que nos separa, me arroja la corona, pero la tira en vano; en vez de caer en este hondo valle que habito, vuelve siempre á sus manos. No importa. El aliento me sobra; mi corazón rebosa vida y juventud, y mi cabeza se levanta como si quisiera escalar el cielo. Llegaré. Llegaré al valle inmarcescible donde la gloria se sienta, y aspiraré el perfume suavísimo de aquellas flores que nunca mueren; y veré á mis pies un mundo que se revuelve y se agita y se postra ante mí batiendo sus palmas.

— ¡Estás loco, Emilio! Vamos al baile.

— El baile! Maldito baile! Cuatro horas

de locura, de insensatez! cuatro horas sin proyectar nada grande! Pero es forzoso; lo prometí, y á los 18 años no se promete en vano. Bailemos hoy; pero mañana, oh! mañana....

— Cuánto tiempo ha corrido?

— Siete años.

— Siete años? Qué veloces corren los días!

— Qué hicistes?

— Nada. El mundo me distrajo y reí; era forzoso; todos seguían al mundo; me llamaban loco y quise parecer cuerdo.

— Y fuistes vano. Perdistes el tiempo.

— ¡Era tan joven! Me sedujeron.

— La gloria te espera.

— ¡Oh! ¡La gloria! Sí. Aun me sonríe. Ahora soy fuerte y he de vivir para ella sola. Tengo un pensamiento que ha de llenar el mundo; el sol ha de detenerse absorto ante mi obra. ¡Verás! ¡Verás!

— ¿En qué tiempo estamos?

— En otoño.

— ¿Cuántos años cuento?

— Treinta y cinco.

— Treinta y cinco años! Los días me arrojan hacia el sepulcro; y veo mi juventud como si fuera ayer.

— Y han pasado diez años desde que hicistes tu propósito; y ostentas hoy la primera cana!

— Pero no he perdido el tiempo. Era pobre y debía humillarme; hoy puedo fabricar palacios de oro y puedo deslumbrar á los que se burlaron de mis andrajos.

— Y la gloria?

— La gloria no me prometía riquezas; además me quedaba tiempo. Quise prepararla primero un escabel de diamante.

— Eres un insensato.

— Verás. Me he de subir de un vuelo hasta tocar sus nacaradas alas. Tengo genio y experiencia.

— ¿Lloras Emilio?

El espejo me ha dicho que tengo 60 años.
Lloro el tiempo que perdí.

— ¿Es tuya la gloria?

— ¡Ay! La veo alejarse sobre un trono de flotante bruma, y me lanza una mirada desdenosa.

— Vuela y alcánzala.

— El corazon ya no vuela, y la cabeza cae al peso de las canas. Tengo frio.

— ¿Qué haces Emilio?

— Me postro ante el Dios de cielo y tierra para que me reciba en su seno.

Juan Bautista Ferrer.

No hi ha burlas ab lo amor.

Traduccion de Fr. Gerundio.

Tontería!

Quant Calderon ho digué
Podeu pensar siu' sabia.

Digué pues est bon senyor,
Y no crech que fos per broma:
No hi ha burlas ab lo amor.

Quants y quants en conech jo,
Que han comensat á entrométres
En amors sens comprométres,
Com sol fer la gent de *pro*:

Ab carinyo gens formal...
Ab aquell que es tan usat
En nostre sigle *il-lustrat*
Entre la gent principal.

Y los he vist, germans meus,
Aprés brusint com centellas
Ximpls ells y totxas ellas,
Desdel cap á fins als peus.

Que es lo amor com escopeta
Posada en mans d' un baylet;
A qui li toca l' puntet
Li fa pérdre la xabeta.

Se pren axí... com per broma
Quant ell tot just va naixent,
Mes va creixent..., va creixent...

Y á la llarga burla y doma.

Poch importa á fe de neu
Pintar cego al noy alat;
Pot serho quant ha tirat,
Mès ans de tirar bè hi veu.

Y tant hi veu lo traydor
Que es un diable jovencel,
Que fa com qui tira al cel
Y clava la flecha al cor.

Tontería!

Quant Calderon ho digué
Podeu pensar queu' sabia.

Mòlts concos diuhen ufans,
Verbi gracia, Don Ramon,
Eixos que á forsa de món
Son uns sapastres mundans:
¿Amar jo? Ka! no deliro,
Tinch ja massas desenganys,
Y á forsa de món y d' anys
Ja m' trobo fora de tiro.

Ámen, puig la edat los mima,
Ámen fins á la locura
Ninas de *prima tonsura*
O jovenets d' *obra prima*.

L' altre estiu parlaba axí
Don Ramon de Penyaflor,
Per ell demaní en tardor
Y me digué son cosí:

Quí? en Ramon? enamorat.
— Ell enamorat? — perdut.
— Válgam Dèu! — sense salut.
— Quem contas! — desesperat.
— Y podrem saber de qui?
— De qui? De doña Llibrada.
— La grabada? — la grabada...
La germana den Rubí.

Quin capritxo! San Anton!

Pues senyor,

Jans ho digué Calderon,
No hi ha burlas ab lo amor.

(Se continuarà.)

Pau Estorch y Siqués.

El Diamante.

LEYENDA FRANCESA.

1.

En el año 1650 vivía en Heilbronn; condado de Nentenberg, un pobre lapidario llamado Enrique Misler. Hacia un año que había perdido á su querida esposa, la madre de su Berta, y desde entonces, Misler estaba devorado por la mas profunda tristeza, al traves de la que, solo por intervalos como un rayo de sol en medio de las bromas del invierno brillaba la encantadora sonrisa de su niña, que era el único lazo que ataba á Misler á la vida; porque su dolor había sido tan profundo y tan intenso, que inculsos despues de haber sido víctimas de uno igual, se cansan de vivir y sufrir por mas tiempo. Pero Berta era á la vez para este hombre lleno de fé y de resignacion, el recuerdo del pasado, el deber del presente, y la esperanza del porvenir. Esta triple égida armaba su corazon y su conciencia para resistir á las inspiraciones funestas, que tal vez le hubieran sumergido en una melancolía demasiado sombría. Por otra parte toda la poblacion de Heilbronn conocia á Misler, le apreciaba, le queria, porque dificilmente se hubiera hallado un hombre mas honrado en toda Alemania; añadid á esto, que en su oficio, tenia sobre sus cofrades la superioridad del artista, sobre el artesano, de modo que no había rico propietario en Heilbronn, ni noble en los castillos de sus cercanías, que no le prefiriese á todos los demás lapidarios. Misler disfrutaba pues en su clase de una posicion regular; pero la esperanza de una pequeña fortuna, que se prometia adquirir con el tiempo y su trabajo le hacia llorar, cuando recordaba que no la podria comparar con la compañera de sus dias de miseria; mas luego la vista de su Berta secaba sus lágrimas, y su solicitud y cariño paternal le hacian entrever para ella, con cierto orgullo un brillante porvenir.

La noche, pues en que empieza esta historia, Misler estaba trabajando en su cuarto que le servia de taller, y se ocupaba en montar el diamante mas hermoso, que habían tocado sus manos. Este diamante era el regalo de boda, que el viejo y rico conde de Vesúberg destinaba á la futura espo-

sa de su hijo, cuyo casamiento debía verificarse dentro ocho dias. La montura de oro y rubies era de un trabajo admirable, y mientras Misler entusiasmado de su obra, daba la última mano á esta hermosa joya puso el diamante sobre la mesa, el cual reflejaba con los colores del arco iris, los rayos de luz que la pantalla puesta en la lámpara concentraba sobre sus brillantes facetas. La niña saltaba alegre, distraida y ligera como un pájaro. De vez en cuando Misler interrumpia su trabajo para fijar sus ojos con un placer indefinido sobre aquella cabecita rubia y en la mirada *límpida* de su hija descubria rayos de luz mas puros y mas brillantes, que los del hermoso diamante que tenia á su lado.

Entonces daba gracias á Dios que había colocado junto á él á uno de sus ángeles, los ojos de su Berta hacian mas rico y mas feliz al pobre lapidario, que si hubiese visto llenarse de repente su gorro con todos los diamantes que forman la mas preciosa corona de los Emperadores de Alemania.

Hacia algunos instantes que Berta observaba con una curiosidad escudriñadora ese precioso diamante destinado á la yerna futura del Conde de Vesúberg. Es necesario no olvidar que si bien Berta era una niña, tenia ya los instintos de muger. Daba vueltas al rededor de la mesa, como la mariposa atraída por la llama, y su padre se sonreía observando el juego de la niña que acabó como él esperaba, por un ataque directo en el sentido de su inevitable envidia.

— Papá le dijo con timidez, me permites que tenga tan solo un minuto en mis manos ese hermoso diamante que brilla como una estrella?

— Tómalo contestó el padre y él mismo lo puso en su manecita, que le presentaba Berta conmovida de alegría: cuidado no te caiga.

— La prevencion era inutil: Berta no solo no movia su mano, sino que ni siquiera se atrevia á respirar, como si su aliento casto y puro como el de los ángeles, hubiese podido empañar la brillantez del diamante. — Que hermoso es exclamó con entusiasmo; parece vivo! — Papá cuando seré mas grande, tú tambien me darás piedras brillantes como esta, y las colocaré en mi peinado y en mis orejas. — No lo esperes Berta., replicó Misler senriéndose, yo no te daré jamás piedras de esta clase. Berta se sonrojó. — Y porqué

no me las darás?— Qué no me quieres ya?— Tu sabes bien lo contrario, picarilla; escucha; tu no podrás llevar nunca esa clase de piedras, porque yo no soy un príncipe ni tu te casarás con el hijo de un conde; lo comprendes ahora?— Demasiado lo comprendió Berta, puesto que bajó tristemente la cabeza, y su padre oyó un suspiro que no pudo contener: Dios mio que felices son las princesas, exclamó.

Misller se afectó tristemente de aquel sentimiento pueril de Berta, aquel suspiro insignificante para cualquier otro padre, llevaron al corazón del pobre lapidario una rebelación dolorosa. Un triste presentimiento para el porvenir de su hija se apoderó del alma del lapidario: deseos ambiciosos, sueños irrealizables, aspiraciones quiméricas: todos los desórdenes, todas las miserias que son el fruto que de ellos recojen, las pobres mugeres que los sustentan; he aquí la senda peligrosa, el desgraciado porvenir que Misller creyó ver oculto en la exclamación tan sencilla de su hija: Dios mio que felices son las princesas!

Puso pues la niña sobre sus rodillas y después de haberle besado cariñosamente: Berta le dijo: acuérdate que, Dios que ha hecho todos los diamantes de la tierra; es también el padre á quien tú también debes la vida, y como también es soberanamente justo y bueno, no ha escondido la felicidad, en los cantos de una piedra para que prive de ella, á su obra, predilecta á la criatura, hecha á su imagen. En tu inocencia y en tu pureza querida mia, ha colocado el único diamante que lleva en sí mismo siempre la felicidad, aquel es cien mil veces preferible á este que tanta envidia te causa porque el uno sirve para hermoear el alma, y el otro ni siquiera puede embellezer un rostro feo.

(Se continuará.)

Alberto B. de Erill.

Fragmentos.

Estaba sumergido en hondas reflexiones, y en uno de esos momentos en que el alma vaga sin pensamiento fijo, observé que al menor soplo del viento se desprendían de los árboles multitud de hojas doradas por el otoño, y no pude menos de exclamar: «Así

mismo, al soplo del desengaño, se desprenden del corazón las esperanzas!»

¿Habeis visto alguna vez el espino, hermosamente cubierto de un manto de amarillas flores? Pues es la imagen de la hipocresía.

Vosotros que sentis arder en vuestra frente el fuego de la inspiración, trabajad, seguid la senda que os señala el génio, no hagais caso de la censura de los críticos zoilos. Al lado de las abejas susurran los zánganos; pero ellas siguen impávidas su tarea y nos regalan con sus panales de rica miel.

Obras muy bonitas se publican, no hay duda; pero á muchas pudiera comparárselas con aquellos celages con qué á la salida y puesta del sol se borda el horizonte: bella apariencia y nada más.

Algunos se figuran que los artistas viven dichosos á la sombra de sus laureles; mas ¡ay!.. ignoran los que tal creen, que en cada una de sus hojas se cobijan mil espinas.

Los placeres son hermosas flores que nos atraen con sus deliciosos perfumes, los cuales envuelven un veneno sutil é imperceptible que se introduce por nuestras venas hasta llegar al corazón.

Todo el mundo habla de libertad y si se pregunta á muchos en que consiste el ser libre, se quedan con la boca abierta.

El corazón humano es una urna cerrada; pero es de cristal para el que sabe apreciar los reflejos que emiten los sentimientos que en ella se encierran.

Si consideramos las faces diversas porqué va pasando la existencia del hombre, no podremos menos de convenir en que no es más que una serie continuada de contrastes.

Una obra maestra es un monumento que el propio autor eleva á su inmortalidad.

Todo el mundo se queja de su suerte; mas nadie reniega de su ambición.

N. Blanch é Illa.

El nombre de Maria.

Este nombre tan grato para mi corazón, es mas dulce á mi paladar que la ambrosía, mas agradable á mis oídos que una armoniosa melodía. Este nombre sagrado que es la alegría del cielo y el terror del infierno, es tambien el mas adorado de los cristianos, el sosten de los débiles, el amparo de los desgraciados, el refugio de los pecadores, y la esperanza de todos. Maria! qué palabra tan suave, qué nombre tan consolador! El pobre, que sufre en su choza, la viuda que ha perdido su alegría, y el huérfano que llora, apenas lo invocan se sienten ya aliviados, consolados, fortificados. ¡Oh Maria, qué dulce, qué hermoso es tu nombre! Es el primero que mi querida mamá me enseñó á balbucear en la cuna! ¿Qué madre siendo cristiana, puede olvidar el enseñarlo á su hija?...

Que gozo siento al pronunciarlo; lo repito cien veces al día y cada vez experimento un nuevo placer. Cuando este nombre sale de mis labios, mi alma siente una dulce emoción!

Virgen Santa, Madre de Dios, tambien lo sois mia, amparad á vuestra hija, haced que mi alma esté adornada de alguna de las virtudes que tanto os distinguieron sobre la tierra; haced que yo os pueda imitar; que vuestro santo nombre quede grabado en mi corazón con el de Jesús, y que sea el último que pronuncien mis labios al escalar el postrer suspiro!... A. L. de Montalvá.

Crónica teatral.

Hoy día, en que la suma afición á los grandes espectáculos ha desarrollado el buen gusto por algunas de las bellas artes, vemos intimamente hermanadas con la poesía y la música la pintura y la danza ó baile pantomímico.

Este arte, que tan grande impulso ha recibido en Francia, no puede menos actualmente de llamar la atención por la suntuosidad de sus cuadros.

El baile, auxiliado en especial por la música, que acorda sus movimientos, es en el día, cual fué en los buenos tiempos de Grecia; un verdadero poema, en que se desenvuelve una acción mas ó menos interesante, y que tiene tambien su enredo y desenlace.

Así es, que si en la ópera se vale el compositor, para espresar sus sentimientos estéticos, del canto y de la instrumentación; en el baile se sirve de las actitudes, artísticamente combinadas, y de los movimientos, sujetos á cadencia y á medidas.

El amor y el odio, la risa y el llanto, los sentimientos, en fin, y las pasiones todas hallan cabida en el baile.

Los movimientos, las actitudes y los gestos, ejecutados con mayor ó menor lentitud, con ma-

yor ó menor rapidez, espresarán los momentos tranquilos ó apasionados de los distintos personajes de la composición.

En prueba de ello, podríamos citar diferentes bailes en dos ó mas actos, como *La lámpara maravillosa*, *Azulma*, *Gisela*, *La Esmeralda* etc.; pero por ahora nos bastan los bailettes que se han ejecutado en nuestro teatro, especialmente *El lucero del alba*, *La Estrella* y *el Abate enamorado*, los cuales tienen su acción, aunque corta, y sus pequeños episodios.

El primero, que pertenece á la escuela francesa, es un cuadro bonito y de una música muy agradable. Desempeñado por la pareja Mendez y cuerpo coreográfico, alcanzó, cada vez que se ha puesto en escena, los merecidos aplausos del público, justo admirador de las excelentes dotes artísticas de la simpática Cristina y su hermano José, á quien en Madrid llaman el *Ronconi* del baile. Si aquella agrada por su gracia en presentarse, por la finura de sus gestos y la delicadeza de sus actitudes y aéreos movimientos, al otro se le admira por su ligereza y soltura, por su buen gusto y su precisión, mereciendo ambos las simpatías de la concurrencia, como las han merecido do quiera que se han presentado.

La Estrella es un baile en que alternan la escuela española y la francesa, en agradable conjunto. En él se hallan perfectamente combinadas las artísticas actitudes y los pasos de esta última escuela, con los rápidos movimientos y las seductoras cabriolas del baile nacional.

En *La Estrella*, la esbelta Cristina hace alarde de su gallardía, triscando ligera, haciendo mil habilidades con los pies, y zapateando con suma agilidad. El Sr. Perez tambien manifiesta su inteligencia en el arte, presentándose con la gentileza propia del baile á que especialmente se dedica, y secundando dignamente á su pareja.

El cuerpo coreográfico, aunque algo corto, cumple regularmente con su cometido, particularmente la airosa Gimeno y la Rosales.

Con respecto á la orquesta, acostumbra á estar insegura y se conoce que ensaya poco.

El *Abate enamorado*, pertenece al género grotesco y en él son justamente aplaudidos la Cristina Mendez y el Sr. Perez, el cual da pruebas de su estremada agilidad y de su acertada dirección.

Además de los tres referidos bailettes, hanse puesto en escena tambien, *Un chotis* y *La Fiesta de Galicia*; bailado el primero por la pareja de los hermanos Mendez, en el cual fueron colmados de aplausos.

La segunda es un divertimento de baile, compuesto de la *Jota valenciana*, *bolero* y *la gallegada*, en la que tanto se distinguieron la bella Cristina y el Sr. Perez, á quienes obligó á repetirla al público, con sus prolongados y nutridos aplausos.

En los intermedios de los bailes, la corta compañía de declamación ha puesto algunas piezas, entre las cuales recordamos *La Cigarrera de Cadiz* y *El Corazón de un candidato* (primera y segunda parte.)

En la ejecución de la primera no nos disgustó el Sr. Ortega; así como en el desempeño de la segunda, supo sobresalir mucho mas que en aquella: habiendo comprendido bien el papel de *Pedro Becerra*, fué justamente aplaudido del público. Tampoco se portó mal el Sr. Guerra que tomó á su cargo el papel de *Juan. El Marques del Espino* supo asimismo sostener bastante bien el carácter que se le confió. N. Blanch é Illa.

Director y Editor, FRANCISCO P. VARELA.